

Veinte años*

El teléfono se paga en un local que ya no tiene letrero: parece, así, que no tuviera nombre. La fila empieza en la caja, que está adentro del local, bajando una escalera difícil, y suele seguir por toda la acera hasta dar la vuelta en la esquina. Desde abajo (o desde adentro), una voz dice: «¡Siguiente!», y la fila se mueve —está viva—. «¡Siguiente!». Bajo y vuelvo a bajar —dos escalones más cerca—. «¡Siguiente!». Un hombre y una mujer —parecen amigos— están dos turnos adelante. El hombre dice, mientras suelta un suspiro y mira la fila: «Por acá vamos a estar un tiempo largo». La mujer asiente y se ofusca: «Fila para todo, ¡fila para todo!». No han parado de hablar.

«Acá estuve muchas veces con mi madre», dice el hombre, después de haber contado historias que no me interesaron. «Tú sabes que tuvo una vida difícil. Trabajó hasta el día que murió, fue su miedo de siempre: hacerse vieja sin ahorros ni pensión, con el cuerpo deshecho y la urgencia de trabajar hasta el último día. Éramos los dos y siempre fuimos los dos, aunque no estuvimos juntos los últimos años. Desde que tengo memoria la vi trabajar duro, casi siempre en alguna casa: ella limpiaba y cocinaba por horas, cada día en una casa distinta. Cuando paraba un momento para comer o tomar agua, ella me decía: “Yo hago esto para que tú tengas una vida mejor”. La primera vez que me lo dijo, yo quise crecer ahí mismo, tener plata ahí mismo y poder darle, yo a ella, una vida mejor. Me imaginaba rico y diciéndole un día: “No tienes que trabajar más”. Comprándole una casa, comprándole comida... Cualquiera cosa que ella quisiera. Y deseaba esto con más fuerza cuando la veía arquear la espalda, haciendo un gesto de dolor, antes de barrer o trapear el piso. Yo estaba seguro de que haría mucha plata. Y un día le dije —estaba chiquito—: “Voy a trabajar mucho para que nunca

* Fragmento del capítulo «En la espera se quiebran las tramas», perteneciente a la novela *Es-trella madre* (Literatura Random House, 2020).

más tengas que mover un dedo. Voy a partirme la espalda por ti. Trabajaré de sol a sol para que tú puedas descansar. Ya has hecho demasiado”. Ella me miró orgullosa y agradecida. Entonces la quise ayudar: cogí la escoba y empecé a barrer. Le dije: “Descansa”, pero ella se alarmó. Me quitó la escoba, me preguntó: “¿Qué estás haciendo?”. Y me dijo: “Déjalo. Yo estoy trabajando por ti: no quiero que pases por lo mismo”. Unos días después, al verme jugando mientras ella trabajaba –estábamos en la cocina de alguna de las casas–, mi madre dijo: “Muy bien, qué maravilla. Tú juega mientras yo trabajo” –su tono era distinto, sentí que había rabia–. Volví a decirle: “Puedo ayudarte, si quieres, ya mismo me pongo a barrer”. Entonces me dio la escoba y se quedó mirándome adolorida, sobándose los pies, rascándose los ojos, diciendo: “No me había dado cuenta de que estaba tan cansada”. Seguí barriendo mientras mi madre sonreía. Dijo para sí, aunque quería que la oyera: “¡Qué hijo tan bueno el que me dio la vida!”. Me alegró escucharla y seguí barriendo».

A lo largo de su relato, la voz ha dicho: «¡Siguiente!», y más veces: «¡Siguiente!». Con cada grito hemos bajado un escalón; poco a poco nos vamos acercando a la ventanilla –ahí pagamos el recibo–. De nuevo escuchamos: «¡Siguiente!», y volvemos a bajar. El hombre dice: «Yo seguí ayudando a mi madre. Cada vez trabajaba más. A veces podía decirme: “Dame esa escoba, yo no quiero que pases por lo mismo que yo”. En cuanto se la daba y yo me ponía a hacer otra cosa, mi madre empezaba a barrer y a dolerse. “Todo esto lo hago por ti”, me repetía, y yo deseaba otra vez tener mucha plata, trabajar de sol a sol para que ella pudiera descansar».

«Cuando cumplí veinte años», sigue el hombre, «me fui de la ciudad» –empiezo a escucharlo atentamente; estoy pensando en mi madre–. «A medida que iba creciendo, mi madre me decía más y más: “Tienes que hacer tu vida en otro lugar, aquí no hay nada”. Ella nunca quiso irse y siempre se vio acá, quién sabe por qué» –y ahora pienso en mí–. «En todo caso, ella ahorró mucho para que yo me fuera. Yo también ahorré porque yo también trabajaba. ¡Yo también quería irme! Mi madre me acompañó a la terminal: quería verme en el bus y ver el bus salir. Primero me dijo: “Ningún dolor fue en vano, ningún esfuerzo: por este momento que al fin ha llegado, puedo decir que todo mi trabajo ha valido la pena”. Comimos algo, no teníamos mucha hambre. Mi madre empezó a decirme: “Te va a ir bien”, a cada tanto. “Te va a ir muy bien, yo lo sé”. Pero cuando fui a abrazarla, ya en la puerta del bus –iba a ser nuestra despedida–, me dijo en un susurro: “Dejas sola a tu madre. Todo lo que he hecho ha sido por ti, y ahora te vas y me dejas sola”. Me confundió, no supe qué decirle. Antes de subir al bus la abracé más fuerte. Ella se quedó en la acera hasta que el bus salió».

La voz dice: «¡Siguiente!», y otra vez: «¡Siguiente!». Bajamos los escalones. Alguien grita: «¡Muévalo, que está tarde!», y otro más dice: «No sea conchudo, haga la fila». Empieza una discusión que no quiero oír. El hombre sigue hablando: «¡Cómo lloré yo en ese bus! ¡Lloré todo el camino! Pensaba: “Dejé a mi madre sola”. Quería devolverme. Y no podía entender por qué en algún momento había querido irme. Odié tanto ese bus, ¡lo odié tanto! En las sillas

de atrás había dos mujeres. Una le dijo a la otra: “Mira cómo llora, pobrecito”, y la compañera respondió: “Seguro se le murió alguien”. Me sorprendió escucharlas».

«En algún momento me dormí. Desperté cuando alguien gritó: “¡Mira! ¡Qué alto!”, y el conductor dijo: “Estamos llegando”. Por la ventana vi un edificio que no solo era alto, sino que parecía dar vueltas –un espiral de hierro y vidrio–. Había unos puentes cerca: dos colgantes, pintados de rojo, y uno que se alzaba en su cemento y se quedaba un rato en el aire para después bajar a una autopista iluminada. Pasaban carros a toda velocidad –luces, luces, luces–. ¡Yo nunca había visto a tanta gente! Mientras miraba ese paisaje, yo pensaba en mi madre y le decía: “Gracias. Estoy viendo esto por ti”. Y el bus andaba y se metía pitando por avenidas nuevas, siempre iluminadas, y seguían apareciendo edificios inverosímiles. Yo los miraba admirado y luego me ponía triste. Yo quería que mi madre los viera».

«Llegué a un cuarto pequeño, sin muebles, en una residencia; tenía un colchón en la mitad. Lo alquilé por pocos días, mientras buscaba otra casa, pero no encontré nada que pudiera pagar: ahí me quedé todo el tiempo que estuve, casi tres años. Lo primero que hice fue buscar un teléfono: había una cabina cerca, en la cuadra siguiente. Llamé a mi madre y le dije: “Aquí estoy, llegué, me haces falta”. Los dos quisimos llorar. Hablamos poco ese día: estaba bien y había llegado, eso era lo importante. No deshicé la maleta y no compré nada para el cuarto. Tenía suficiente con el colchón y la maleta era mi armario: si se me daba por irme y volver a mi madre, solo tendría que cerrarla y coger el bus».

«La llamaba todos los días. Yo había empezado a trabajar en un bar; hacía los turnos de la noche, que solían extenderse hasta el amanecer. Le marcaba desde el bar, a escondidas, para que no me cobraran las llamadas. Le preguntaba: “¿Cómo estás, en qué andas?”, y cada vez me decía: “Trabajando, como siempre”. Yo no podía soportar que mi madre estuviera en lo mismo y que yo tuviera otra vida. Le decía: “Esto es bonito, pero me haces falta. Tienes que venir a conocer”. Eso la irritaba. “¿Con qué plata?”, empezaba a preguntar. “¿No ves que todo está caro y que es muy difícil ganarse la vida? ¡Más con la edad que tengo!”. Entonces yo hacía mi turno pensando en sus palabras. Y cuando salía del bar, por fin, después de haber servido a tanta gente, seguía pensando en ella camino a casa –nunca se iba de mí–. Ante esos paisajes de maravilla, saturados de edificios que prometían tanto –no sé qué, pero algo prometían–, yo caminaba del bar al cuarto y del cuarto al bar, siempre con la cabeza gacha –triste y cansado–. Los edificios dejaban de estar: solo estaba el suelo por el cual caminaba. Solo existía la acera».

«A veces miraba a los demás –alzaba la cara– y todos parecían tristes, aunque a veces veía a algunos riéndose, y yo quería eso, pero pensaba en mi madre y todas las risas desaparecían, al igual que los edificios altos, que eran como el futuro. La llamaba y le preguntaba: “¿Cómo estás?”, y ella me decía: “Aquí, bien, la misma cosa”. Y me preguntaba: “¿Cómo estás tú? ¿Contento por allá?”. ¿Y cómo iba a decirle que sí, si no lo estaba? ¿Y cómo iba a decirle que sí, si ella estaba triste? ¿Y cómo iba a decirle que yo estaba triste si ella había trabajado tanto

para que estuviera allá? Cuando me preguntaba por mí, yo le decía: “Estoy trabajando mucho, madre, la ciudad es cara”, y creo que eso le servía de respuesta».

En la fila, algunas personas empiezan a irse. «¡Qué demora!», se quejan. «Cada día peor». La voz dice: «El sistema está fallando, les pedimos paciencia», y más gente se sale. En el local quedamos pocos, eventualmente volvemos a avanzar. El hombre sigue hablando con su amiga: «Yo tenía unas ganas de pensar en otra cosa. ¡Estaba cansado de mi madre! Cansado de llamarla, cansado de vivir como si estuviéramos en la misma ciudad. Una vez me preguntó: “¿Y has conocido a alguien?”. Yo le dije, como siempre: “No, madre, a nadie. Trabajo mucho, la ciudad es cara”, pero colgué y pensé: “Debería conocer a alguien”. Empecé a caminar con la cabeza alta, sin mirar al suelo, con los ojos abiertos y buscando. En las calles, en el bar, entre los edificios altos, yo miraba a alguien y trataba de imaginarnos. Me imaginaba con uno, me imaginaba con otra... Al principio solo miraba y, cuando quería acercarme, me quedaba lejos. No sabía qué decir, cómo presentarme. Después dejé el miedo y me empecé a acercar. Me presentaba, saludaba... Salí con varias personas. Yo no estoy seguro de lo que voy a decirte, pero creo que cada vez hice esto: mientras nos conocíamos, yo empezaba a arruinarme. Decía cosas horribles de mí —me da vergüenza repetirlas—: las espantaba, los echaba para atrás... Veía a mi madre sola, trabajando, cansada y aburrida, y después me veía a mí en otra ciudad, olvidándome de ella. No lo podía soportar. Entonces, cuando me despedía de la persona que acababa de conocer, sabiendo que nunca más la vería —uno sabe esas cosas, yo me miraba en sus ojos—, salía corriendo a llamar a mi madre —tenía veinte años—. Me preguntaba: “¿Cómo estás? ¿A quién has conocido?”. Le decía: “A nadie, me la paso trabajando”. Y creo que así, con esa información, los dos nos íbamos a dormir, cada uno en su lugar, tristes y tranquilos».

La voz dice: «¡Siguiente!», y otra vez: «¡Siguiente!». Estamos cerca de la ventanilla. Quiero preguntarle al hombre a qué ciudad fue, cómo es eso por allá. Mi madre solía decir: «En cualquier otro lado se está mejor». Yo le creí siempre. Ahora, mientras lo escucho, dudo de eso. Ya no sé qué pensar. Y dice: «Una vez la llamé borracho, después de hablar pestes de mí mismo frente a alguien que quería conocerme. Iba todos los días al bar, nos saludábamos con alegría y se quedaba hasta tarde en su mesa: cuando no había mucha gente, yo me acercaba y hablábamos mucho. Nos reíamos, nos fuimos conociendo. Un día me dijo: “Salgamos, veámonos en otro lugar”. Yo le dije: “Por supuesto, me encantaría”, y tuve mucha ilusión. Salimos y me destruí. Dije cosas tan horribles... ¡Barrí el piso conmigo! Nos despedimos, cada uno se fue por su lado... Algo me decía que nunca más volvería al bar (volvió, de hecho, pero no fue lo mismo: dejamos de hablar como antes, nos saludamos con distancia o timidez). Esa noche seguí tomando y llamé a mi madre. No me acuerdo muy bien qué le dije. Me preguntó muchas veces: “¿Estás bien?”, y yo le dije: “Sí”, pero lloraba, y después le dije: “No”... Me acuerdo que le dije: “Estoy triste”, y yo no sabía por qué: si por mi madre o por la cita fracasada. ¡Lloré tanto! Quería estar con ella. Quería olvidarla, hacer

mi vida. En un momento le dije: “Si tú no eres feliz, yo no quiero serlo” –lloré mucho–. Y al escucharme pensé que ahí, en ese gesto, estaba el amor: hacerme la vida triste para que se pareciera a la de ella. Mi madre me dijo: “Pero ¿qué estás diciendo? Si todo lo que he hecho siempre –¡todo, cada cosa desde el día que naciste!– ha sido para que tú tengas la vida que yo no tuve. No quiero que pases por lo mismo que yo”. Seguí llorando: estaba borracho y tenía veinte años. Después me dijo que estaba orgullosa. “Eres un buen hijo”, se despidió, como si mi llanto la alegrara».

Ya faltan dos turnos para llegar a la ventanilla; el hombre que habla es el siguiente (quiero llamarlo «el llorón» o «hijo eterno», pero pienso, rabioso, que si yo contara mi historia, podrían decir lo mismo de mí). La mujer dice –ella es la segunda en el turno–: «Hiciste todo mal, hombre. ¿Qué te digo yo? ¡Has hecho todo mal! Puedes querer a tu madre, pero tu vida no tiene que ser la de ella. Quererla no es duplicarla. ¡Estás mal de la cabeza!».

El hombre la escucha y ella sigue: «Yo estuve a esto» –y acerca las manos para indicar una distancia corta– «de ser como mi madre: madre de una niña, solas las dos. ¡Yo no quería! Tuve una hija antes de llegar acá, cuando vivía en mi primera casa –yo estaba muy chiquita–. Nunca me preguntes qué pasó: la niña nació, eso fue, no hay más, y entre mi madre y yo la llamamos Sara. Yo no quería tenerla. Mi mamá decía: “Vas a ver que cuando nazca la vas a querer”. Eso no pasó: ella lloraba, pero yo lloraba más. O si la niña lloraba yo me quedaba quieta, mirando el techo, con los ojos secos, separada de la nena. Mi madre la cargaba más que yo: mi madre era la madre. Pero ella estaba viejita, entonces me decía: “Yo te ayudo, pero tú tienes que alimentarla: trata de darle teta”. Yo no quería, no tenía leche. Mi madre, en reemplazo, le daba agüita de arroz. Y si me veía en la cama, con la cara lejos y el cuerpo en ovillo, como el de la propia niña, me decía: “Hija, yo te ayudo, pero tú tienes que poner de tu parte: Sara no tiene la culpa”. Yo no ponía de mi parte: no quería y tampoco sabía qué hacer. “La niña está muy flaca”, me dijo muchas veces. “Mira lo flaquita que está. ¡Y pálida! Casi nunca abre los ojos”. La niña murió un día antes de cumplir su primer añito: varios dijeron que estaba desnutrida, quizá para joderme o hacerme triste. La niña sí comía, que se jodan ellos. Mi mamá quería celebrarle el cumpleaños: compró dulces, invitó a niños de la cuadra. Faltó Sara para la fiesta. Yo no quise saber nada: ni qué fue lo que pasó, ni dónde la enterraron». Después, mientras alguien, otra mujer, grita en la fila: «¡Apúrense, qué demora la que tienen!»., ella dice: «Yo no celebro mi cumpleaños. Es un gesto: hacia mi madre y hacia ella. Un gesto, mi forma de recordarlas. Un gesto».

El hombre se acerca a su amiga: «¡No sé qué decirte! No sabía esto». Y ella: «No tienes que decir nada, peores cosas me han pasado. ¡Tú sabes! ¿Para qué te digo si tú sabes?». Él dice: «Así es, te ha tocado muy duro» –y yo me pregunto qué más le ha pasado en la vida–. La mujer le dice: «Llamaste a tu madre, despechado, y dijiste lo que dijiste. ¿Qué pasó después?». El hombre continúa con la historia: «Mi madre se enfermó. La llamé un día desde el bar, le pregunté cómo estaba, y me dijo que regular: le estaban doliendo las piernas. Y yo le dije:

“¿Cómo no van a dolerte si te la pasas de pie, barriendo y trapeando de aquí para allá y de allá para acá? ¡Tienes que descansar!”. ¡Se puso furiosa! Me dijo: “¿Cómo voy a descansar si no tengo ahorros ni pensión? ¿Tú acaso me mandas plata? ¿Acaso me vas a mantener?”. Me dio un dolor... Con todo y lo que yo trabajaba, no podía encargarme de ella. Recordé las cosas que le decía: “Voy a partirme la espalda por ti, trabajar de sol a sol para que tú puedas descansar. Ya has hecho demasiado”. Iba a decirle algo, cualquier cosa, pero otra persona pasó al teléfono y comenzó a hablarme –era doña Santana, que vivía en la casa donde mi madre trabajaba–: “No quiero preocuparte”, me dijo, “pero tu mami no está bien. Se ha adelgazado mucho y la veo pálida, amarillenta. El doctor viene mañana. Suda mucho, no quiere comer... Anoche vino mi hijo, el que tiene tu edad, y me dijo que parecía un suspiro de serpiente. ¡Así de flaca la vio!”».

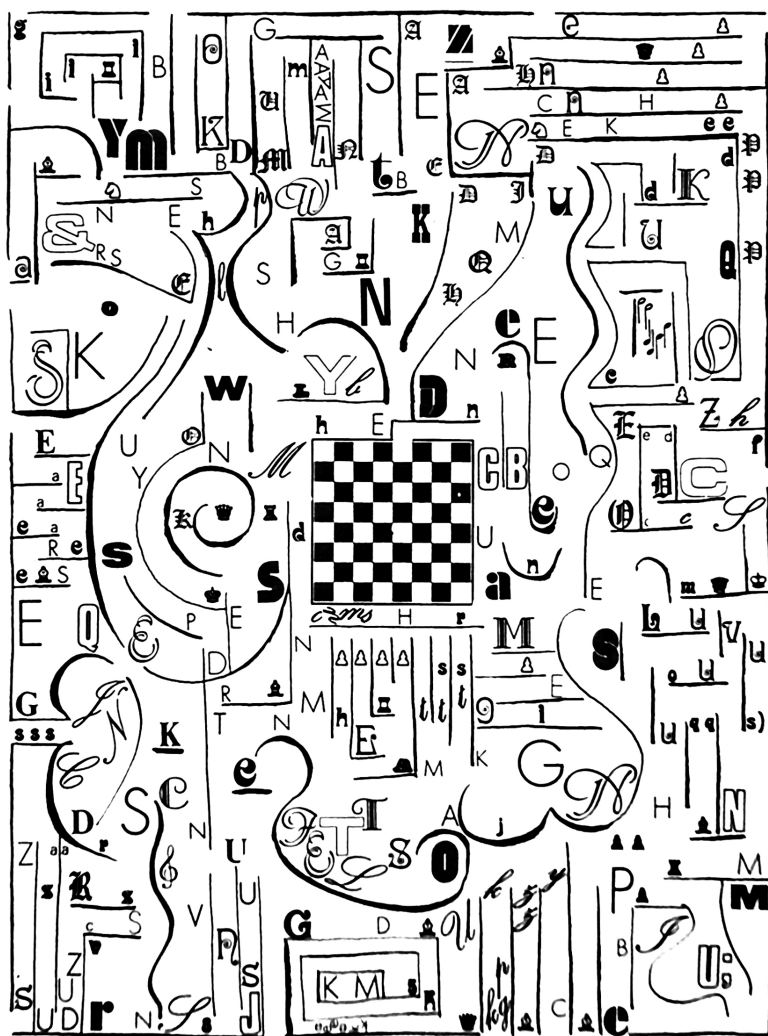
«Le dije: “¡Pásemela, por favor!”, y cuando mi madre volvió a estar, le pregunté: “¿Por qué no me dijiste nada?”. ¡Qué miedo el que tuve! Mi madre me dijo: “No quería preocuparte”, y empezó a llorar. ¡Me dio un sentimiento! Se me quería salir el corazón. Yo le dije: “Voy para allá, salgo mañana mismo”, y entonces cambió el tono, me dijo: “No seas exagerado, esperemos a ver qué dice el doctor”. ¡Qué angustia! ¡Qué espera tan larga! Al día siguiente llamé a la misma hora. Mi madre estaba tranquila. Me dijo: “Vino el médico, me hicieron exámenes... Acabo de tomarme una sopita”. La sentí bien... ¡No podía estar grave! Estaba comiendo, había ido el doctor... Tenía la voz fuerte. Cuando me fui a despedir, tranquilo, sin el miedo de la noche anterior, mi madre dijo: “Un momento que va a hablarte doña Santana”. Nos despedimos, le mandé un beso –estaba lleno de cariño–. Pero la doña me dijo: “Espérame un momento y me voy al otro cuarto”. ¡Imagínate el miedo! ¡Otra vez el temor por mi madre! Empecé a preguntarle: “¿Qué pasó? No me deje esperando. ¡Dígame ya, por favor! ¿Qué fue, qué dijo el médico?”. Ella se tomó su tiempo».

«¡Desconsiderada!», se enoja su amiga. «¡Ponerse con misterios en un momento así! ¿Y qué fue? ¿Qué te dijo?». Yo me he acercado más a ellos –quisiera presentarme–. El hombre dice: «Me contó lo que le había dicho el médico: que estaba muy mal, que no había esperanza... ¡Mi madre iba a morir y yo tan lejos! Primero le pregunté: “¿Cómo así? ¿Qué tiene? ¿Cuánto tiempo le queda?”, y yo no podía creerlo, y pensaba: “Me voy para allá, ¡me tengo que regresar ya mismo!”». La mujer dice: «¡Qué horror, qué angustia! ¿Y tú qué hiciste?», pero la voz llama: «¡Siguiente!», y otra vez: «¡Siguiente!». El hombre le dice: «Ahorita seguimos hablando», y camina a la ventanilla.

Yo quiero saber qué pasó.

La mujer se mira los pies. Después abre la cartera y empieza a sacar cosas: un pintalabios, un manojito de llaves, dos candados y un cuchillo, un espejito roto, esferos sin la tapa, servilletas sucias (en bolita), lo que parecen facturas o recibos... Finalmente dice: «Aquí está», cuando encuentra un monedero –tiene bordado un corazón de lentejuelas–. «Qué gastadera de plata tan brava». La mujer suspira y se voltea a ver al hombre, que ya está pagando. Dice: «Mi

amigo, pobre, está muy perdido». No sé si está hablando conmigo o es algo que dice para sí. Yo aprovecho para hablarle. «¿Cómo dice?», le pregunto, y ella contesta: «No, nada, disculpe, estaba pensando en voz alta». Y mientras vuelve a meter las cosas en la cartera, añade: «Desde que lo conozco es así: se enreda, ¡no sale de sí mismo! ¡No ha podido salir de su madre!». Después me dice a mí –está peleando sola–: “Yo puedo querer mucho a alguien, pero no por eso tengo que imitar su vida. ¿Sí o no? ¡Él se amarga solito, se hace miserable!». La mujer vuelve a buscar en su cartera: saca un abanico y empieza a agitarlo –ella crea el viento–. **C**



Laberinto 4, 1980. Fotocopia, 345 x 260 mm. 1/200.